

# LA FIGURA DE LA SEMANA: FRANCOS RODRIGUEZ

NUESTRO buen camarada, Francos Rodríguez, periodista profesional toda la vida, periodista antes que médico y que político, que munícipe y que gobernante, ha sido designado por el Gobierno para representar a España en las fiestas con que los pueblos sudamericanos van a conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes por una flota española, enviada por Carlos V al mando del navegante portugués. Preside esa embajada extraordinaria, representando personalmente al Rey, el Infante D. Fernando — Fernando ó Hernando era también el nombre de Magallanes —. Le acompaña un séquito de militares. Ciertamente que Francos no va como periodista. El Estado español no ha reconocido todavía la calidad de nuestro oficio para abrirle de par en par los escalafones de la diplomacia, como hacen las nuevas Repúblicas americanas, cuya libre espiritualidad no gime bajo los casacaes bordados de la tradición. Francos Rodríguez va como ex ministro; va como político. Se le ha designado también, porque Francos ha llegado a ser un gran orador, de conceptos rotundos y voz potente y clamorosa, que, inflamado de pasión, sabrá emocionar, conmover y convencer a chilenos, argentinos y patagones, cuando les hable de la Madre España y les recuerde a aquellos esforzados varones de la escuadrilla de Magallanes, a Luis de Mendoza, descuartizado; a Juan de Cartagena, arrojado a tierra y desamparado en los peñascales de la costa; a Gaspar de Quesada, pataleando su rebeldía en la horca de una antena... Dijérase que se ha tenido en cuenta, para nombrar este embajador, hasta la recia contextura de Francos Rodríguez, que es, en verdad, un gallardo ejemplar de la raza. Es, sin duda, un embajador representativo. Toda España está en él. Hace treinta y cinco años comenzó a so-



Francos Rodríguez, alcalde de Madrid, inauguró las obras de la Gran Vía, al cabo de treinta y cinco años de estériles aplazamientos. Terminada la ceremonia, el Rey felicitó al periodista, que en los cargos públicos sabe convertir en hechos las ideas.

*En Francos, el ser afectuoso, servicial, toda bondad y cariño para sus camaradas, es una de las características de su personalidad. Los más humildes en periodismo, burocracia ó política, le vieron siempre destocarse á su paso...*

nar en los comentarios de la vida pública madrileña el nombre de Francos Rodríguez. Hace treinta y cinco años, un joven apasionado, entusiasta, fervoroso, enamorado de la Dulcinea del ideal, orador y escritor, no podía ser otra cosa que republicano en política, positivista en Filosofía y naturalista en Literatura. No sólo era ese el ambiente y la moda y la racha que venía de Europa, sino que lo alentaba y justificaba la política gris, doctrinaria, reglamentista, con que Cánovas y Sagasta iban adormeciendo al país y consolidando la Restauración. Un hombre joven, independiente, soñador y sin dinero, no tenía nada que hacer en aquellos partidos monárquicos, sin más ideal que el ejercicio y logro del poder público.

Así, Francos Rodríguez comenzó su vida pública siendo lo que fueron todos los jóvenes de su generación que ambicionaban algo más que un destino en Cuba ó Filipinas. Periodista, escribió en los diarios y semanarios republicanos y anticlericales; orador, peroraba en la Tertulia Progresista y en los pocos mítines que Cánovas toleraba y Sagasta consentía; hombre de acción, trabajaba en los co-

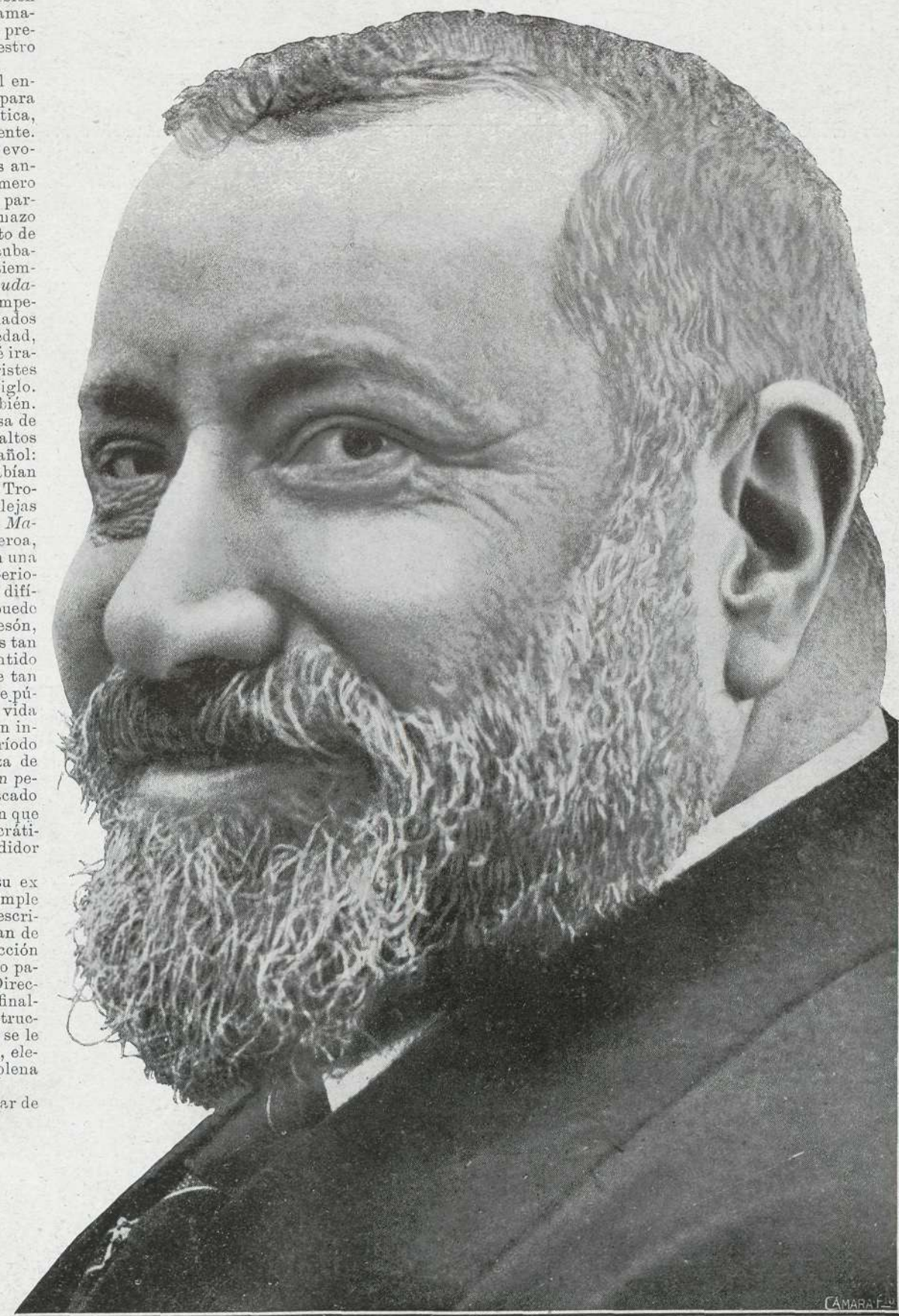
mités progresistas. Acaso bordeó los peligros de la conspiración; acaso él también tomó en serio aquella estéril lucha de camarillas secretas y soldados ambiciosos que pretendían perpetuar las vergüenzas de nuestro siglo XIX.

Por su suerte, y por suerte de todos, el entusiasmo de la juventud no bastaba para mantener aquel ambiente de lucha política, en la que España se fatigaba estérilmente. Los últimos fracasos de Ruiz Zorrilla, la evolución de Castelar, la desbandada de los antiguos progresistas, que, tras Martos, Romero Girón y tantos otros, se cobijaban en el partido fusionista, y, sobre todo, el aguijonazo dado a la conciencia nacional por el grito de Baire, con que comenzó la insurrección cubana, transformaron a España. Un breve tiempo estuvo de moda zaherir a los que se mudaban la camisa, sin ver los progresistas empujados que no eran unos hombres aislados quienes sentían vacilar la fe de su mocedad, sino toda la nación, la que, arrepentida é iracunda, desgarraba de un manotazo las tristes páginas de su historia durante todo un siglo.

Francos Rodríguez evolucionó también. Concejal republicano, se presentó en casa de Sagasta y se sentó en uno de los más altos sillales que ha tenido el periodismo español: en el de la dirección de *El Globo*, que habían hecho famoso Castelar y Maissonnave, Trovato y Vicenti. A los pocos años, Canalejas le entregó la dirección del *Heraldo de Madrid*, que había sido, con Augusto Figueroa, con Burell, con Canals, con *Kasabal*, con una legión de jóvenes, modelo y escuela de periodismo moderno. En ambos casos, harto difíciles, probó Francos Rodríguez cuanto puede lograr el esfuerzo de su voluntad, su tesón, su asiduidad, su laboriosidad. Francos es tan periodista, posee en tan alto grado el sentido de la curiosidad de los lectores, percibe tan claramente y sabe reproducir tan a ras de público la multiplicidad de aspectos de la vida moderna, que el *Heraldo*, su *Heraldo*, sin intentar hacer olvidar aquel brillante período de los maestros, y sin cometer la torpeza de querer imitarlo, continuó siendo un gran periódico, grato a las muchedumbres, buscado y solicitado, cumplidor de la gran misión que Canalejas le inspirara de órgano democrático, de amparador de libertades y difusor de cultura.

La inquietud espiritual de Francos, su exceso de actividad y laboriosidad, su temple de orador, más intenso aún que el de escritor, fueron causas de que no le apartaran de la política los graves trabajos de la dirección del *Heraldo*. Sus merecimientos han sido pagados con la Alcaldía de Madrid, la Dirección General de Comunicaciones, y, finalmente, con la cartera de ministro de Instrucción pública. Ahora, esta embajada que se le confía, al lado del Infante D. Fernando, eleva a Francos Rodríguez a la categoría plena de personaje.

Desde un hogar muy humilde, un hogar de obreros, ha llegado Francos a cuanto puede apetecer la ambición en la vida pública. No ha desertado jamás, ni es de esperar que deserte ahora, de esta resignada y humilde comunidad del periodismo. Presidente de la Asociación de la Prensa, apenas ha dejado de ejercer uno de sus altos cargos, ha vuelto a escribir artículos con la misma asiduidad de sus mocedades. Es el primer embajador que va a América siendo, ante todo, escritor y periodista. Nos importa consignar el hecho, porque parece que con ello España va a tener una nueva diplomacia.



Francos Rodríguez, ex ministro y periodista, escritor y orador, lleva a las fiestas conmemorativas del Centenario de la epopeya magallánica, no sólo la representación del Gobierno, sino la de las Letras y la del Periodismo. Es el mejor embajador que España podía tener, al lado de la representación personal del Rey, que lleva el Infante D. Fernando. Todos los órdenes de la vida intelectual, desde la universitaria, disciplinada, a la libérrima del periodismo, pueden sentirse encarnadas en el presidente de la Asociación de la Prensa.